

# OPINION

PAÍS ADOLESCENTE

## El día que Lula hipnotizó a políticos, sindicalistas y empresarios

**Fernando Gonzalez**  
fgonzalez@clarin.com



**E**ra el día de la lealtad. El 17 de octubre de 2012. Quizá por eso se entusiasmó el cordobés José Manuel de la Sota y dijo sonriendo que el hombre era "el político latinoamericano que mejor interpretó al peronismo de los últimos años". Pero no se trataba de Carlos Menem ni de Néstor Kirchner (había fallecido hacía dos años) ni de Daniel Scioli, quien sería el candidato presidencial derrotado del movimiento tres años después. El que estaba arriba del escenario era Inacio Lula da Silva. El que había gobernado a Brasil durante ocho años y logrado cifras asombrosas de crecimiento económico y disminución de la pobreza.

Ya gobernaba al vecino poderoso Dilma Rousseff y las tres multilatinas de bandera verde amarela (Petrobras, Andrade Gutiérrez y Odebrecht) invertían y construían autopistas y puentes desde California a Madrid. Y desde Egipto a los Emiratos. Brasil era el espejo en el que queríamos mirarnos y Lula estaba allí, como un faro que iluminaba a toda América Latina.

Había sido una jornada sin respiro para el brasileño. Cristina Kirchner lo invitó a almorzar en la Casa Rosada y después se tomó un avión a Mar del Plata para disertar ante un millar de ejecutivos en el Coloquio de IDEA. Desde el primer minuto hipnotizó a los empresarios, a los sindicalistas y a los dirigentes políticos que fueron a verlo al hotel Sheraton. "Yo no estudié la pobreza; yo fui pobre...", contó con la voz ronca y parsimoniosa que se había hecho célebre en la región. Mostraba sus manos de tornero mecánico y el dedo que le faltaba porque se lo había arrancado una máquina en la metalúrgica. Perdió tres elecciones antes de convertirse en presidente y, aunque venía del ala izquierda del Partido de los Trabajado-

res, terminó conquistando al establishment brasileño con una economía competitiva, exportadora y abierta al mundo.

Sólo había que ver cómo los empresarios se le acercaban al final de su discurso y enarbolaban sus smartphones para compartir una selfie impensada hasta hacía algunos años. Cristiano Ratazzi, Gustavo Grobocopatel e Ignacio De Mendiguren lo abrazaban. El socialista Hermes Binner decía que Lula era "un hombre de estado que da confianza a los inversores". Y sonreían al saludarlo Juan Manuel Urtubey y Francisco De Narváez. Todos los sindicalistas criollos soñaban con seguir sus pasos y convertirse alguna vez en "el Lula argentino". Hugo Moyano pidió sentarse en su mesa y Víctor De Gennaro, amigo del brasileño, intercambiaba datos para tratar de lanzar un movimiento político y gremial similar

Fue el 17 de octubre de 2012. Todos lo llenaban de elogios y querían la foto con el ex presidente brasileño. Hoy muchos prefieren olvidar ese día.

al del brasileño que en estas tierras nunca terminó de consolidarse.

Ninguno de ellos se imaginó hace seis años este final con Lula subiéndose a una 4x4 negra para ser conducido a una cárcel de Curitiba. Ni siquiera cuando el juez Sergio Moro detuvo en junio de 2015 a Marcelo Odebrecht, el CEO de la constructora más grande de América Latina, y lo terminó condenando a 19 años de prisión con la misma pena que decidió para buena parte de su staff. Para entonces ya había estallado en Brasil el Lava Jato, el esquema de coimas que las grandes compañías les pagaban a los dirigentes políticos para financiar sus campañas.

En esa red de complicidades y manejos oscuros detrás de la política cayeron Lula y varios de los principales dirigentes del PT como la propia Dilma y el tesorero partidario José Dirceu. Al ex presidente lo condenó a 9 años y medio de prisión por lavado de dinero, una especialidad que el juez Moro había estudiado en los Estados Unidos. Ese sólo dato le fue suficiente a la burocracia del PT brasileño (y a todos sus aliados del kirchnerismo y la izquierda en la Argentina) para construir la fantasía de un plan imperialista cuyo objetivo sería destruir a las fuerzas políticas progresistas de toda la región con la excusa de la corrupción.

El problema es que la corrupción no era una excusa. Las coimas, el enriquecimiento súbito de la dirigencia política y el lavado de activos son los síntomas de la enfermedad que está consumiendo a los partidos populistas que gobernaron, y aún gobiernan, algunos de los países de Sudamérica. Sólo en la Argentina, Odebrecht admitió ante la justicia de los Estados Unidos haber pagado 35 millones de dólares en coimas. En la trama de ese dinero perdido están a punto de ser procesados varios empresarios de la construcción en el país y está en prisión el ex ministro de Planificación, Julio De Vido. Sólo el realismo mágico de la Justicia argentina logra que, con seis procesamientos en la espalda, se siga hablando de la posibilidad de que el ex funcionario kirchnerista salga pronto en libertad.

Lo cierto es que son muchos los dirigentes argentinos que hoy prefieren olvidar aquel 17 de octubre en Mar del Plata, cuando Lula era "el político más popular del planeta". Así lo había calificado la BBC británica y nadie se atrevía a discutir la magnitud de esa medalla. El único dirigente criollo importante que no pudo saludarlo fue Scioli. Un llamado intencional de Cristina lo retuvo en la Casa Rosada y el entonces gobernador se quedó con las ganas de verlo. Picardías de la decadencia kirchnerista. A Lula le quedó como premio consuelo un desayuno con Amado Boudou, el vicepresidente canchero y desacartonado que también iba a terminar mal. Y a conocer la misma oscuridad ingrata de la prisión. ■

## MIRADAS

Magdalena Ruiz Guiñazú

### 1 Cuando las almas cantan

(A propósito de una noche porteña). Sin duda fue una velada de emociones. Un teatro colmado y melodías de la vida hicieron que cada uno recuperara imágenes como en los trozos de una vieja película. De pronto, en esa misma pantalla, aparecieron Tosca, Cavaradossi, Butterfly y quien sabe cuántos más. Volvimos también a desmenuzar aquellas primeras fotografías en sepia del Hotel de Inmigrantes que mostraban a familias enteras tocando tierra portando sus útiles de labranza. La húmeda mirada de los que pensaron que ésta era realmente la bíblica tierra de promisión. Que todo podía ocurrir a fuerza de una férrea voluntad.

Y fue la música quien, esa noche, también nos hizo sentir que Italia es parte de un pasado presente imposible de ignorar.

Una voz poderosa, la del joven tenor Vincenzo Constanzo, fue colmando de armonía corazones y ¿por qué no?, humedeciendo miradas que en el enorme Teatro Coliseo se sintieron de pronto en el regazo materno y también entre las olas tibias del mar siciliano. Primero fue un murmullo, luego una tímida recordación y, finalmente, todos nos sentimos un poco Puccini o Modugno.



Tenor. Vincenzo Constanzo.

### 2 Milagros de un pentagrama

Cada uno, seguramente, encontró en esa noche de Nueva Harmonía un sendero en el que las manos de un pianista como Giovanni Auletta marcaron el rumbo. Cuando los pueblos se encuentran a través de su propia voz las nubes se disipan y un mismo firmamento afirma que "lucevan le stelle" como un regalo que, por suerte, fuimos muchos en compartir.

## EL NIÑO RODRÍGUEZ

